

ALEJANDRO TOMASINI BASSOLS

LOS ANIMALES

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Tomasini Bassols, Alejandro

Los animales / Alejandro Tomasini Bassols. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021.

74 p. ; 20 x 14 cm. - (Filosofía de a pie / 6)

ISBN 978-987-630-563-1

1. Filosofía General. 2. Ensayo. 3. Animales. I. Título.

CDD 199.82

EDICIONES UNGS

©Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Provincia de Buenos Aires, Argentina - Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@campus.ungs.edu.ar - ediciones.ungs.edu.ar

Colección Filosofía de a pie

Dirección: Gustavo Ruggiero, María Pia López y Gustavo Arroyo

Diseño gráfico de la colección: Daniel Vidable

Diseño de interior y tapas: Daniel Vidable

Corrección: María Valle

Tipografía: "Alegreya" (SIL Open Font License, 1.1.)

Diseñada por Juan Pablo del Peral para Huerta Tipográfica.

<http://www.huertatipografica.com.ar>

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Impreso en Ediciones América,

Abraham J. Luppi 1451, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,

en el mes de noviembre de 2021.

Tirada: 250 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

ÍNDICE

- 11 Importancia del tema
- 15 La presencia de los animales en la vida humana
- 41 Animales, lenguaje y el animal lingüístico
- 47 La defensa de los animales
- 59 Los animales y la ética
- 69 Animales y religión
- 73 Bibliografía

COLECCIÓN **FILOSOFÍA DE A PIE**

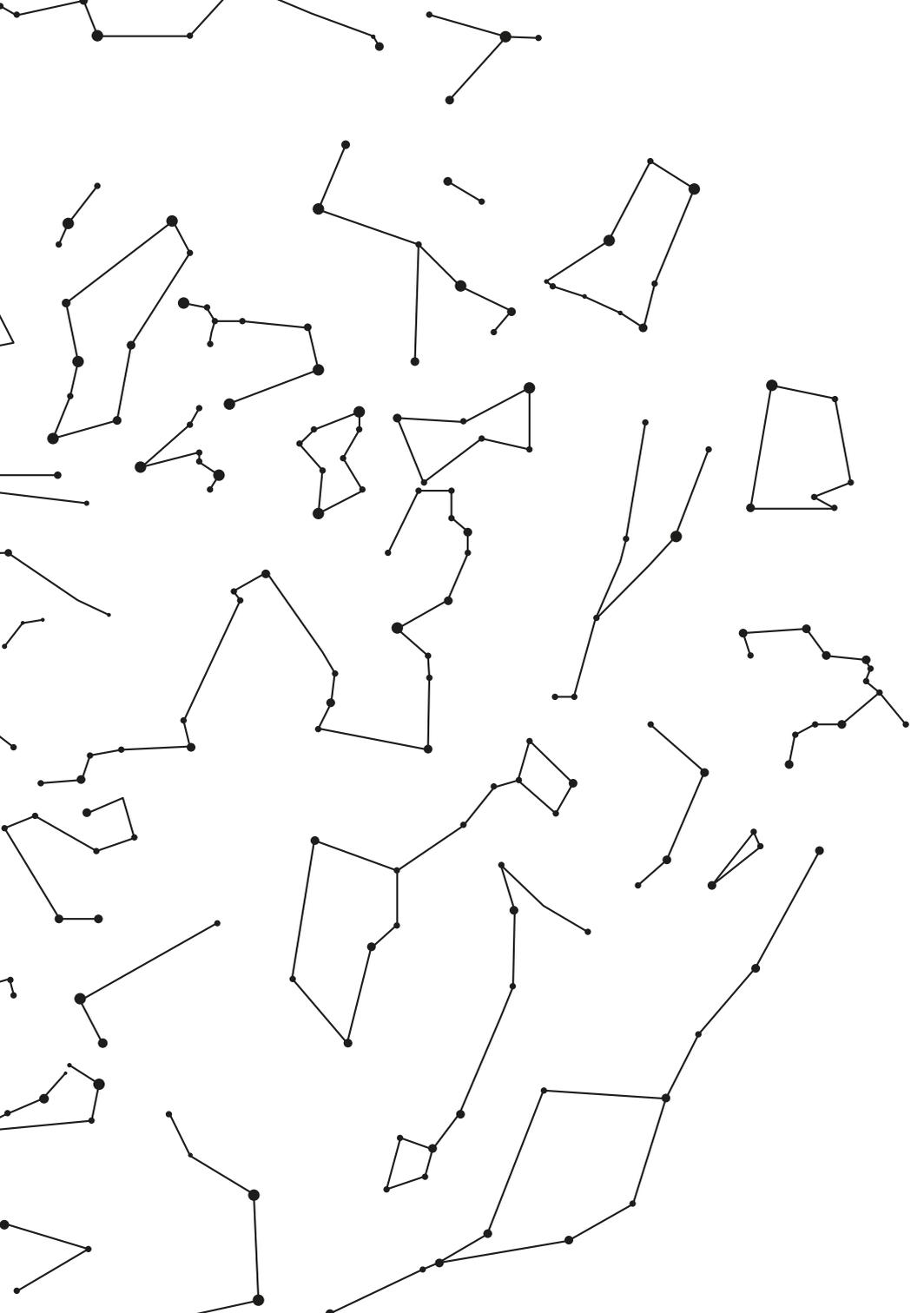
Andar a pie: no subirse al caballo ni al auto que prestigia. Andar a pie es andar en el espacio público, entre los transportes colectivos, codo a codo en la multitud. Quedar a pata. Andar a pie es darse un tiempo, caminar para percibir lo rugoso, lo complejo, lo inconcluso, lo vacante. Hablar desde la llanura y no desde la montaña o la torre. Mirar desde el raso y no desde el avión o el dron. A pie, una filosofía. O unos escritos que piensan en el presente. Ensayos que se acercan, con osadía o con pudor, a grandes temas. A pensarlos otra vez y presentarlos para lectorxs que se presumen cercanxs, interesadx, pedestres. Como quienes escriben. Escrituras con experticia y sin autoridad, hospitalarias para quien se acerca por primera vez a esos temas. Ensayos filosóficos para leer en el bondi, en el tren, en las esperas, en los bares, en el pasto. A mano y al pie. O sea, interpelaciones a nuestra sensibilidad lectora y a la curiosidad de lxs no expertxs. Parte de una conversación pública y de una vocación –muchas veces olvidada– de la filosofía de intervenir en esa conversación.

El autor

Alejandro Tomasini Bassols es un filósofo mexicano. Obtuvo el grado de doctor en la Universidad de Varsovia y actualmente es investigador y profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus mayores intereses filosóficos residen en las obras de Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein. Alejandro ha adoptado el método del análisis gramatical de Wittgenstein para el tratamiento de diversos problemas filosóficos. Cree, por otro lado, que la filosofía debe ser de utilidad para otros, de manera que se vuelve una obligación, para quien la practica seriamente, rebasar el estrecho ámbito de la academia y utilizar los beneficios que de la filosofía se extraen para debatir en público cuestiones de interés general. Entre sus últimos libros se destacan *Estudios sobre las filosofías de Wittgenstein* (2003), *Filosofía analítica: un panorama* (2004) y *Filosofía moral y visiones del hombre* (2012).

¡Felices los tiempos para los cuales el cielo estrellado es el
único mapa de los caminos transitables y que hay que recorrer,
y la luz de las estrellas única claridad de los caminos!

GEORG LUKÁCS, TEORÍA DE LA NOVELA



Importancia del tema

La verdad es que no nos sorprendería que, ante la sugerencia de escribir un libro sobre los animales, alguien afirmara que a estas alturas de la vida un proyecto así es pura y llanamente redundante. Después de todo, ya se ha escrito tanto sobre ellos que, realmente, salvo que alguien viniera con algún inaudito o fantástico descubrimiento al respecto, todo lo que se pueda decir sobre ellos es lluvia sobre mojado, más de lo mismo: sabemos cómo se reproducen, de qué se alimentan, qué utilidad prestan, cómo funcionan biológicamente, qué impulsos y tendencias tienen, qué cromosomas los caracterizan y así, indefinidamente. No obstante, yo, en general, no compartiría dicho punto de vista por la simple razón de que la búsqueda de verdades acerca del tema que sea, simplemente, no tiene fin. Siempre será factible aprender más. En todo caso, lo que tal vez sí podría sostenerse es que, desde muchos puntos de vista, es cada vez menos excitante intelectualmente escribir sobre los animales en general dado que la información de la que ya disponemos sobre ellos es inmensa y gracias a ella podemos formarnos un cuadro muy completo de la vida animal, de sus orígenes, de su interacción con el género humano. Es evidente, sin embargo, que la idea de que ya se dijo todo sobre los animales seguirá siendo poco convincente y ello, en parte, se debe a que la realidad animal constantemente nos presenta nuevos retos y nuevas inquietudes de diversa índole, como por ejemplo de carácter legal o moral. En este

opúsculo, nuestro interés se centrará ante todo en *un* aspecto particular de las relaciones entre los miembros del reino animal y los seres humanos, esto es, entre ellos y nosotros. Esto es interesante porque no sería errado afirmar que, en realidad, todo estudio sobre los animales y sus relaciones con el hombre es al mismo tiempo un estudio sobre la naturaleza del ser humano.

Es innegable que la vida animal está inextricablemente ligada a la vida de la especie humana, corre paralelamente a ella. Por ejemplo, al igual que con nuestros congéneres, el destino de los animales varía en función de los cambios operados en la sociedad humana y es, en más de un sentido, un reflejo de esta. Podría establecerse *a priori* que el modo como los animales padecían a los humanos durante la Edad Media es muy distinto del modo como los padecen en la actualidad. Uso el verbo “padecer” porque una idea directriz de este trabajo es, precisamente, que lo que los animales hacen es, ante todo, *padecer* al género triunfador sobre la Tierra, esto es, el género humano.

Lo enunciado nos lleva directamente a darle un formato particular a este escrito: tenemos que ocuparnos, en primer lugar, de hechos conocidos y constatables por todo mundo; en segundo lugar, de derecho y, por último, de ética y, como corolario, de religión. Los hechos a los que me refiero no son hechos científicos, esto es, hechos de anatomía, de bioquímica o de neurofisiología, inclusive si para ilustrar lo que afirmemos tuviéramos que recurrir a datos y a ejemplos extraídos de las ciencias. Los hechos que nos concierne son más bien hechos de la vida cotidiana, hechos que brotan de nuestra permanente interacción con los animales,

hechos verificables por cualquier persona en condiciones normales, hechos que están a la vista de todos.

El tema de los animales, y la consecuente reflexión sobre ellos, es inevitable por la sencilla razón de que sin los animales simplemente la raza humana no sobreviviría. Digámoslo de una vez por todas: nosotros, los humanos, *vivimos de* los animales. Es cierto que también vivimos gracias al aire y al agua, pero hay una diferencia tan obvia como inmensa entre los dos casos: los animales y los humanos pertenecen al mismo reino, esto es, al reino cuyos miembros son entidades con vida, seres que sienten, en tanto que el aire y el agua son entidades (por así llamarlas) muertas, inertes o insensibles. De hecho, en cierto sentido, los animales dependen menos de nosotros que nosotros de ellos. Qué haría la humanidad sin los filetes de res que a diario se engulle, los camarones con los que se deleita, los jamones con los que se nutre, etcétera, etcétera, es fácil de enunciar, pero difícil de calibrar y evaluar. En cambio, los animales no tienen tantas exigencias y si bien se alimentan unos de otros, rara vez rompen los equilibrios ecológicos prevalecientes. En este sentido, hay que apuntar desde ahora a una fundamental diferencia, una triste asimetría entre los humanos y el resto de los animales: por una parte, es claro que animales de muchas especies son depredadores individualmente, pero solo los humanos son *depredadores de especies*. Las manadas de leones, por más que hagan estragos entre ñus y cebras, nunca acabarían con la especie de los *Connochaetestaurinus* ni con la de los *Equusquagga*, pero el hombre, sí. Debido a la incontenible expansión planetaria de los humanos, todos los días desaparecen especies

completas y no solo de insectos o invertebrados en general, sino de toda clase de mamíferos, aves, batracios, anfibios y reptiles. Así, por ejemplo, se han extinguido ya, *inter alia*, el tigre de Tasmania, el rinoceronte lanudo y el oso grizzli mexicano, y están en peligro de extinción animales como el oso panda, el atún rojo, el oso polar, el gorila, el perro salvaje y el tigre de Siberia, por no mencionar más que a algunos de los más famosos.

En resumen: los seres humanos y el resto de los animales mantienen entre sí una relación de convivencia indisoluble e imposible de cancelar. No hay forma de que los animales desaparezcan de nuestra vida y menos aún de que nosotros desaparezcamos de las de ellos. Pero ¿cómo es esta relación? ¿Quién y cómo la regula? Para nosotros, esa realidad es incuestionable, es decir, es nuestro punto de partida. Es, pues, de cómo toma forma, cómo se estructura y desarrolla de lo que ahora debemos pasar a ocuparnos.